

Los árboles y el bosque

JOSE ANTONIO ABELLA

EL afán de buscar soluciones hace que, con demasiada frecuencia, se olviden las coordenadas del problema, e incluso el problema mismo.

No hay que extrañarse de ello. Al contrario, debe de ser sumamente fácil perderse en las redes de anteproyectos, proyectos y contraproyectos. Tan fácil como que un niño se desoriente en un pinar. Y es que los árboles, como bien apunta el refranero, no suelen dejarnos ver el bosque.

Tanto se oye hablar de los «problemas del tráfico» que uno acaba aceptando como una verdad incuestionable que el tráfico tiene problemas o, para ser más preciso, que una ciudad antigua como la nuestra es un grave problema para el tráfico, que

algo habrá que hacer en ella para que ese hormiguero metálico y constante sea más fluido, para que los sufridos conductores encontremos unos centímetros de espacio para aparcar nuestros vehículos, etc., etc., y otros diez etcéteras para completar la docena y el adocenamiento.

Pues no señor. Entrar en ese teje-maneje es haber perdido las coordenadas del auténtico problema. Lo podré decir más alto, pero soy incapaz de hacerlo con mayor claridad: las viejas ciudades históricas no son un problema para el tráfico; el tráfico es un problema para las viejas ciudades históricas. Por ello, me parece un grave error el intentar amoldar la ciudad a las necesidades del tráfico. Lo verdaderamente necesario sería amoldar el tráfico a las necesidades de la ciudad. Que no es lo

mismo, sino lo opuesto.

Pero esto, que parece tan sencillo, no lo deben de tener nada claro quienes precisan utilizar sus automóviles para subir, pongamos por caso, desde Fernández Ladreda hasta la Plaza Mayor para tomarse una cerveza; ni algunos de quienes engendran la prosperidad de esta vieja urbe sirviéndoles la cerveza; ni, por supuesto, las autoridades municipales cuando con tanta insistencia hablan de la urgente necesidad –por emplear su jerga– no sólo de construir aparcamientos, sino de que estos aparcamientos sean ¡céntricos! Algo así como hacer madrigueras para los zorros en el centro del gallinero.

No nos engañemos. Una microsociedad como la segoviana es el reflejo de esa macrosociedad del consu-

mo, la que confunde el bienestar con el bien ser, una sociedad que acabará por hacer que «necesario» y «superfluo» figuren como sinónimos en el diccionario de la Real Academia. Pero una cosa son las necesidades auténticas y otra, bien diferente, las inventadas. Como una cosa es crear aparcamientos cuya finalidad sea disminuir la presión del tráfico en el casco histórico y otra, totalmente distinta, ubicarlos en un lugar que produzca un aumento de la presión de ese tráfico precisamente donde no debiera haber ninguna.

–¿Aparcamientos?

–Sí, pero no hace falta que sea en el enlosado de la Catedral precisamente.

–¿Dónde, entonces?

(Buen tema para un próximo artículo).